

## LAS FISURAS DEL FEMINISMO

Por Josefina Fernández

### Introducción

A mediados de los 80, parecía ya ser un hecho totalmente reconocido en el ambiente angloamericano la “crisis” en el feminismo. Las corrientes de pensamiento dominantes procuraban consolidarse y el impacto de la teoría psicoanalítica francesa cambiaba los términos del debate en el mismo ambiente.

El feminismo radical era discutido en los círculos feministas socialistas de Inglaterra y, en los EEUU, el radicalismo feminista se transformaba en un feminismo cultural que celebraba lo “femenino”. Las feministas socialistas construían su propia postura política, separada de la ortodoxia marxista y las feministas negras y lesbianas se organizaban sobre la base de la raza y la preferencia sexual. Muchos de los esfuerzos de éstas estuvieron orientados a señalar los graves pecados del feminismo blanco, burgués y heterosexual. Fue quizás la reunión de sus críticas, junto al advenimiento de lo que es conocido como pensamiento posmoderno, lo que contribuyó al cuestionamiento que se hizo al carácter excluyente de la categoría género y al mismo concepto de *Mujer*, con mayúscula. Los debates sobre identidad y diferencia, el reconocimiento de que no hay una *Mujer* universal por la que el feminismo pueda hablar, se articulan en la crítica de éste como una de las grandes narrativas de la modernidad, percibidas como potencialmente tiránicas y universalizadoras. Las propias feministas habían quedado atrapadas en sus propias metanarrativas y reclamos de verdad etno-heterocéntricas.

Tanto la producción de las mujeres negras como de las lesbianas ha sido crítica en el proceso de tomar en cuenta el efecto de otros factores sociales de carácter totalizador sobre las mujeres. No obstante, unas y otras son en ocasiones estimadas como responsables de las fragmentaciones devenidas en los 80 dentro de la “unidad” del movimiento feminista. Esta unidad, sin embargo, se sostuvo a expensas del ocultamiento de las mujeres negras, lesbianas y de clases bajas. La suma de prefijos tales como negra o lesbiana al feminismo, indica fuertemente el carácter excluyente que tuvo la corriente principal de la segunda ola. Tales prefijos fueron medios necesarios para identificar aquellos puntos de disputa alrededor de la política feminista e impugnar a un feminismo que construía su agenda en torno a la experiencia blanca, heterosexual y de clase media, agenda incompleta e inadecuada a la hora de dar cuenta de la diversidad de la experiencia femenina.

Este trabajo se propone presentar algunos de los cuestionamientos provenientes de las mujeres al feminismo hegemónico; cuestionamientos con los que se inicia el proceso de desestabilización de categorías tales como *Mujer* y género.

## I

Haciendo un poco de historia, debe consignarse en primer lugar el destacado lugar jugado por el concepto de *diferencia* en todo el proceso a tratar ahora. La llegada de este término a las filas del feminismo es relativamente reciente. En efecto, las feministas de la llamada *primera ola* no usaban la palabra diferencia, empeñadas como estaban en transformar el sexismo, el discurso misógino convencional sobre los sexos, y conquistar así nuevas oportunidades para las mujeres e iguales derechos que aquellos ejercidos por los varones. La igualdad entre los sexos en términos legales, civiles, políticos y sociales fue la gran reivindicación de este primer feminismo.

La segunda ola fue, de alguna manera, la responsable de introducir el concepto de diferencia. Fueron sus feministas quienes comenzaron a hablar de género como categoría diferente de sexo. La distinción sexo/género fue verdaderamente revolucionaria no sólo para el movimiento de mujeres sino también para las ciencias sociales y el pensamiento en general. El enfoque de la diferencia mostró su valor heurístico como productor de nuevos conocimientos sobre el pasado de las mujeres, hasta el momento las grandes invisibles de la historia. La avidez con que muchas teóricas e intelectuales acogieron la demanda por explorar teórica y documentalmente la “diferencia” en clave de diferencia de género, llevó a revisar la producción, fundamentalmente proveniente de la antropología, la historia y la teoría literaria, realizada hasta el momento y el sesgo androcéntrico presente en ella.

El nuevo discurso feminista comenzó entonces a decir que las mujeres tenían características específicas diferentes, pero no inferiores, de las de los varones. De la androginia igualitarista de la primera ola se pasó a la distinción de lo femenino y lo masculino. El género, construyendo lo femenino como diferente de lo masculino, se impuso luego como categoría dicotómica referida al dimorfismo sexual de la especie humana.

El concepto “diferencia de género”, en aquel momento, parecía no tener otro significado que el de discontinuidad entre dos géneros: la diferencia de género era igual a la diferencia entre los géneros, masculino y femenino, pero solo dos. Bastó pues que la segunda ola del feminismo descubriera y elaborase entonces el concepto de género para que la afirmación de la diferencia de las mujeres como diferencia de género se instalase ahí con todo su esencialismo. Como señala Flavio Pierucci (1999), se trataba ahora de un diferencialismo esencialista,

aferrado a lo irreductible de una diferencia colectiva que, aunque cultural, es irreductible. En otras palabras, al tiempo que se pretendió des-biologizar a la mujer a través del concepto de género, ella resultó esencializada. Fijando la mirada en la diferencia, continúa Pierucci, el feminismo terminó fijando el esencialismo de una diferencia.

El concepto de género como diferencia sexual, en términos de Teresa de Lauretis (2000), pasó a confinar el pensamiento feminista crítico en el cuadro conceptual de una oposición universal de sexo (la mujer como diferente del varón, ambos universalizados o la mujer como diferencia pura y simple y, por tanto, igualmente universalizante) o que volverá más difícil sino imposible articular las diferencias entre “mujeres” y “Mujer”. Esto es, las diferencias entre las mujeres o las diferencias en las mujeres. A partir de esta fijación de la mirada en la diferencia, todas las mujeres serán diferentes personificaciones de alguna esencia arquetípica de la Mujer o personificaciones más o menos sofisticadas de una femineidad metafísica-discursiva.

Sin embargo, esta situación no pasó desapercibida para todas las mujeres encolumnadas en el feminismo: las mujeres negras y también las lesbianas hicieron escuchar tempranamente su voz<sup>1</sup>. La vinculación más grande entre ellas fue su creciente convicción, durante los primeros años de la segunda ola, según la cual la corriente feminista principal excluía sus intereses. Ambos grupos lucharon por la visibilidad dentro de un movimiento que decía abrazar sus intereses debajo del término *hermandad*, pero que usaba como paradigma la experiencia de las mujeres blancas, heterosexuales y de clase media.

## II

Según se consigna en algunos documentos, el movimiento feminista negro de los EEUU comienza en 1973, después que una escritora, Doris Wright, convocara a un encuentro para discutir la relación de las mujeres negras con el movimiento de mujeres y que resultó luego en la conformación de la *Organización Nacional de Feministas Negras* en virtud de la imposibilidad de acordar acciones conjuntas con las feministas blancas. Tanto esta organización como su par británica (*Grupo de Mujeres Negras*) contribuyeron por entonces a concienciar a las mujeres negras de la necesidad de organizarse alrededor de cuestiones de etnicidad, además de las relativas al género, a los fines de que el movimiento de mujeres atendiera a sus necesidades específicas.

La feminista negra Bell Hooks señaló agudamente que el feminismo blanco era sin duda racista en tanto asumía, sin cuestionamiento alguno, que la palabra mujer era sinónimo de mujer blanca, dejando con ello a las mujeres de otras razas ubicadas en el lugar del Otro, seres deshumanizados que no se incluían bajo el

encabezado Mujer. Bell Hooks y otras feministas negras declaran que un aspecto intrínseco en la lucha de las mujeres negras en los EEUU desde los tiempos de la esclavitud, ha sido aquella orientada a conseguir que se atribuyera a ellas el mismo estatus de “mujer” que era otorgado, tanto material como ideológicamente, a las mujeres blancas. La segunda ola de feministas blancas, en su continuo uso retórico de los dos grupos, “mujeres” y “negros”, no tomó en cuenta la especificidad de la identidad de las mujeres negras, al punto de que éstas no pudieron presentar su identidad sin antes no comprometerse con la lucha por la visibilidad de las mujeres blancas y de los varones negros. Algunas feministas radicales blancas, por ejemplo Kate Millet y Shulamith Firestone, establecerán por entonces analogías entre la posición social de las mujeres y la posición de las minorías raciales y étnicas en la cultura occidental. Ellas declaran de manera bastante categórica que fue el movimiento abolicionista el que dio a las mujeres americanas la primera oportunidad de acción y organización política.

El emergente movimiento de mujeres y el movimiento antiesclavitud fueron vistos como aliados mutuamente fortalecedores. No obstante, cuando ellas hablan de mujeres se están refiriendo a mujeres blancas y la voz de las mujeres negras en los encuentros y reuniones públicas era sistemáticamente silenciada. Su derecho al sufragio no era equivalente al de las mujeres blancas. Como señala Bell Hooks, cuando parecía que los varones negros podían ser beneficiarios del derecho al voto antes que las mujeres blancas, se olvidaron éstas de toda solidaridad política y urgieron a los varones blancos a la solidaridad racial con ellas.

Por otro lado, si bien muchas se unieron a favor del abolicionismo, el centro estuvo puesto en conseguir el fin de la esclavitud y no se tuvo en cuenta la equidad en el conjunto de las áreas de la vida social y política. Como sea, las mujeres negras estaban atrapadas entre dos posibles elecciones: ellas debían elegir la solidaridad racial o elegir la solidaridad sexual y, en cualquiera de los dos casos, sólo se apuntaba a la mitad del problema. La experiencia había mostrado que el feminismo solamente se refería a las necesidades de las mujeres blancas y los derechos civiles apuntaban a combatir la subordinación de los varones negros. En términos, otra vez, de Bell Hooks, en tanto el feminismo consideraba análogo el término “mujeres” a mujeres blancas y el término “negro” a varones negros, existió en el mismo lenguaje de un movimiento que decía combatir la opresión sexista, una actitud sexista-racista hacia las mujeres negras. Hooks nos dirá que aunque las feministas blancas asumían tácitamente que el hecho de identificarse a sí mismas como oprimidas las liberaba de ser opresoras, ellas lo eran y su racismo debilitaba su misma noción de “hermandad”, a la que las mujeres negras no se sentían convocadas.

En común con las mujeres lesbianas, las negras reconocían que las feministas heterosexuales blancas concebían el movimiento de mujeres como propio y todas

aquellas que experimentaban otro tipo de opresión, además de la sexual, eran consideradas como agentes que provocaban distracciones a lo que era el principal cometido del feminismo. Esta homogeneización que se hizo sobre la vida de las mujeres separó del feminismo a aquellas otras que se sentían más afectadas por el racismo dentro de la sociedad occidental. Pero lo peor de ello residió en no haber advertido que negar las diferencias entre las mujeres, sean dadas por la raza o por cualquier otra razón, era participar de la misma noción masculina de poder. La no consideración de otras jerarquías reproduce, en vez de dismantelar, las bases mismas de la subordinación.

Las feministas blancas, radicales y las socialistas, se comprometían apasionadamente en la lucha contra el sistema dominado por los varones, lo llamaran patriarcado o no, y en ese proceso atacaban instituciones tales como la familia que, a su juicio, sostenían fuertemente dicho sistema. De manera inversa, las feministas negras se posicionaban frente a una realidad en la que la familia parecía ser el único refugio frente al sistemático racismo sufrido en el ámbito público. Estas feministas combatían el mito y las ideologías que presentaban a las comunidades negras como matriarcales en su organización, donde “matriarcal” tenía por fin connotar un poder femenino material, no sólo resultado de verdadera falta de “virilidad” masculina sino de haber privado a los varones de su rol como cabeza de familia.

Los análisis sobre la estructura matriarcal de la familia negra fueron muy extensos en los años 60 y afroamericanas como Angela Davis discuten por entonces con tesis como la sostenida por Daniel Moynihan, para quien los problemas económicos y sociales de la comunidad negra están vinculados a esa misma estructura matriarcal. Se señaló por entonces que los orígenes de este patriarcado estaban en el trabajo que las mujeres negras desarrollaban durante el período de la esclavitud, donde se las requería para desarrollar tareas que eran valoradas habitualmente como masculinas desde el punto de vista de varones y mujeres blancas. Como lo señala Bell Hooks, para explicar la habilidad de las mujeres negras para sobrevivir sin ayuda de sus pares varones y para desarrollar tareas que eran culturalmente definidas como masculinas, los varones blancos dijeron que las mujeres esclavas negras no eran mujeres reales sino que eran criaturas sub-humanas masculinizadas. No era improbable que los varones blancos temieran que las mujeres blancas, testigos del trabajo que realizaban las negras, desarrollaran ideas acerca de la igualdad entre los sexos y, así, alentarán su solidaridad política con las negras. Si las mujeres negras fueron vistas como una amenaza potencial, la situación económica real era que ellas constituían el grupo económico y social más excluido de los EEUU. La tesis del patriarcado negro podía avergonzar a los varones negros por sus pares masculinizadas pero no a un sistema que hacía del colectivo femenino la fuerza de trabajo más barata. Perspectivas tales como las de Moynihan encubrían, en realidad, una gran

desigualdad. Las feministas fracasaron en su hipótesis sobre la institución familiar al no tener en cuenta las diferencias que asume ésta cuando se la pone a jugar a lo largo de los ejes raza y/o clase.

En el marco de estos debates, Bell Hooks propondrá cambiar el concepto de “hermandad” por el de solidaridad, entendiendo que el primero encubre el posible hecho de que una mujer puede oprimir a otra. Por otro lado, plantea que el llamado a una hermandad que tiene en sus cimientos la común opresión de las mujeres es un llamado a reconocer la naturaleza de la victimización y a celebrar como víctimas, más que como rechazo, la posición de sujeto de las mujeres.

Finalmente, ese reconocimiento como víctimas conduce a la reproducción de aquel estereotipo que excluía a las mujeres negras por su aparente fortaleza y capacidad propositiva. Concentrarse en una concepción de las mujeres como víctimas impide que éstas analicen la complejidad de sus propias respuestas a otras mujeres, tanto como a otros varones. El feminismo negro ha crecido desde que empezó a hacer escuchar su voz y ahora forma parte de importantes debates sobre la teoría postcolonialista y sobre diferencia y etnicidad. La organización y el activismo de mujeres afro-americanas han ayudado también a la organización de otros grupos de mujeres no blancas y revisar con ellas el etnocentrismo y racismo dominantes. La creación de espacios como éstos, en el interior de los cuales se cuestionan nociones de diferencia e identidad racial, sexual y económica dentro de la categoría “mujer”, ha impulsado al feminismo a nuevas preguntas y nuevos trabajos en países con variedad de expresiones religiosas y culturales

### III

Para las feministas lesbianas, los problemas de la sexualidad femenina y las imágenes sexualizadas de las mujeres fueron cruciales para el análisis de la opresión de las mujeres. Ellas objetaban que los escritos provenientes de feministas heterosexuales enfatizaban las relaciones varón-mujer a expensas de las relaciones mujer-mujer. Claro que estas feministas lesbianas, aún cuando criticaban el descuido dentro de la corriente feminista principal de los temas de lesbianismo, no estaban sólo interesadas en las relaciones sexuales, ni siquiera la sexualidad, en sí mismas. Ellas advertían sobre el hecho que la opción sexual lesbiana afectaba todos los otros aspectos de sus vidas en tanto la sociedad en general las veía como enfermas. De esta manera, esta heterorealidad que les dificultaba el acceso al trabajo, al ejercicio de la maternidad, etc., debía ser un foco de toda política feminista. En general, como pasó con las mujeres negras, las feministas heterosexuales entendieron estas críticas como provocadoras de divisiones, críticas que rompían la tan mentada hermandad. En algunos casos, las mismas críticas fueron tomadas como un deliberado esfuerzo de hegemonizar el

movimiento tras un modelo de sociedad que pusiera en cuestión toda viabilidad política de las relaciones heterosexuales.

Las feministas lesbianas prefirieron celebrar sus vínculos mujer-mujer e impulsaron a todas las mujeres no lesbianas a autodenominarse “lesbianas políticas”. Junto con los varones gays, uno de los primeros intereses de las feministas lesbianas fue desafiar la extendida idea según la cual todas sus relaciones personales y sus elecciones sexuales tenían que ser objeto de control y vigilancia. Es necesario, dirán algunas, una reapropiación positiva del término lesbianismo usado indiscriminadamente para definir a cualquier mujer que no sigue los patrones socialmente establecidos. De cara a declaraciones tales como “todas las mujeres devienen lesbianas”, las heterosexuales se mantuvieron, en gran medida, en una actitud defensiva y tendieron a ignorar las críticas de sus pares sobre la heterosexualidad y sus instituciones. Esto les dificultó, entre otras cosas, pensar el lesbianismo en términos de construcción social. Otras afirmarán que la necesidad de categorizar la identidad a través de la orientación sexual desaparecerá tras una utopía andrógina donde los significados sociales atribuidos a tales roles ya no existan. Feministas como A. Rich advertirán sobre la necesidad de enfatizar y fortalecer, por encima del amor sexual, la amistad y vínculos entre las mujeres para así eliminar el esfuerzo de la ideología patriarcal por evitarlos.

Puesto que el feminismo había asumido el compromiso de lucha tanto en el plano político como el personal, las lesbianas esperaban que el mismo prestara atención a sus problemas. En todo caso, la esfera privada no era sino el reflejo de los sistemas de poder y subordinación más amplios. Ocupadas en derribar los estereotipos de lo femenino, omitían analizar todo el espectro de estereotipos homosexuales. Asimismo, mientras la maternidad era un tema central, los problemas que su ejercicio acarrea a las lesbianas no era considerado y sólo raramente era discutido.

El supuesto liberalismo del feminismo con respecto a lo sexual tenía una práctica homofóbica – como racista – que era muy difícil erradicar. Las lesbianas eran “toleradas” pero se mantenían teóricamente invisibles. ¿Transformaría el feminismo la situación de las personas no heterosexuales? La pregunta sigue aún sin responderse y otras nuevas aparecerán en el camino. En efecto, a lo largo de los 80 surge una nueva generación de lesbianas que, reflejando la diversidad de posiciones que las políticas gays y lesbianas habían impulsado, rechazarán cualquier noción uniforme de lo que al momento había sido retratado como identidad lesbiana. Ellas introducen una heterogeneidad de formas de ser lesbiana retomando discusiones sobre los roles butch femme y sobre prácticas sadomasoquistas e inician alianzas con varones gays en el activismo queer.

Llegamos a los años 90, testigos del surgimiento de la teoría queer. El feminismo lesbiano toma un rumbo diferente y las definiciones de qué es ser lesbiana continúan siendo revisadas. Gran parte del desarrollo teórico de los estudioslésbicos se encuentra relacionado estrechamente con textos gay y lesbianos que, apropiándose de algunos aspectos del pensamiento posmoderno, repiensen sus políticas de identidad. Un ejemplo de ello son las exploraciones y críticas que se hacen en este época al esencialismo lesbiano y las preguntas acerca de qué intereses, si todavía los hay, comparten las mujeres lesbianas y las heterosexuales.

Así por ejemplo, la feminista lesbiana Monique Wittig, basándose en la famosa frase de Simone de Beauvoir (*no se nace mujer, llega una a serlo*) señalará que el rechazo a devenir heterosexual siempre significó, conscientemente o no, el rechazo a devenir varón o mujer. Ella sugiere que “varón” y “mujer” son categorías políticas más que biológicas, categorías que consiguen su significado a través de su inserción en el discurso de la heterosexualidad. En común con Adrienne Rich, Wittig ve a la heterosexualidad como una categoría usada para reforzar el rol atribuido socialmente a la mujer y reforzar, simultáneamente, una ideología que reproduce las condiciones de existencia de la institución heterosexual. En su “The Straight Mind” considera porque rechazan ser heterosexuales, “las lesbianas no son mujeres”. La lesbiana, dice Wittig, no es el sujeto social mujer, sino el sujeto de una particular práctica cognoscitiva que permite rearticular las relaciones sociales y las condiciones mismas del conocimiento desde una posición excéntrica respecto a la institución de la heterosexualidad.

Ella señala que lesbiana es el único concepto que está más allá de las categorías del sexo (mujer y varón), “porque la sujeto-lesbiana no es una mujer en el sentido económico ni político ni ideológico. Porque lo que hace la mujer es una relación social específica con el varón, una relación que hemos llamado de servidumbre, una relación que implica obligaciones personales, físicas y económicas (residencia forzosa, realización de tareas domésticas, deberes conyugales, producción ilimitada de hijos, etc.), una relación de la que las lesbianas escapan rechazando el convertirse o el seguir siendo heterosexuales” (1981: 52-53).

Queda la pregunta, siguiendo a Wittig, si las feministas heterosexuales podrían rechazar ser mujeres desmantelando las connotaciones devenidas del objeto sexual elegido. Podría argumentarse que a pesar de su resistencia a la heterosexualidad tal como la presenta la autora, las lesbianas están todavía implicadas dentro de sus parámetros institucionales. En alguna medida, los significados de lesbianas generados por los discursos de la heterosexualidad pueden afectar las vidas personales de las mismas lesbianas y bien podría cuestionarse esto apelando a la integridad de tales adscripciones libres de formaciones represivas. Wittig otorga a las lesbianas una agencia que niega a las

heterosexuales, sugiriendo una lectura esencialista de la lesbiana en este contexto, en el que polariza las identidades lesbiana y heterosexual.

Diana Fuss (1989) señala que en general la teoría lesbiana está menos interesada en cuestionar o partir de una esencia lesbiana y una política identitaria basada en esta esencia compartida que los gays que han revisado la sexualidad desde una perspectiva social constructivista. Dirá que la tendencia de las lesbianas a adherir a supuestos esencialistas alrededor de una identidad lesbiana discreta puede ser bien el resultado del hecho que histórica y socialmente las lesbianas habitan una posición de sujeto más precaria que los varones gays.

#### IV

La categoría unificada *Mujer* como sujeto del feminismo comienza a ser desplazada. Pero, ¿qué acerca de la categoría de género y las maneras en que ella se manifiesta? Así como la categoría *Mujer* sufre los embates de mujeres negras y lesbianas, el turno llega también para el género y, más precisamente, para la oposición entre éste y el sexo.

En razón de los límites que un artículo como este tiene, se presenta la problematización de la distinción sexo/género proveniente sólo de dos corrientes: el materialismo feminista, en la figura de Christine Delphy y el feminismo posmodernista, en la de Judith Butler. Mientras las feministas materialistas enfatizan las vinculaciones socio estructurales, tratando a varones y mujeres como grupos sociales fundados sobre la base de relaciones desiguales, las feministas posmodernas enfatizan las explicaciones culturales, viendo a “varones” y “mujeres” como categorías discursivamente construidas.

Para Christine Delphy “varones” y “mujeres” no son dos grupos naturalmente dados que alguna vez se vincularon jerárquicamente. Esta feminista se opone a la idea de aquellas enroladas en la diferencia sexual, argumentando que la idea de diferencia femenina deriva de un razonamiento patriarcal y sirve para justificar y encubrir la explotación. Debe rechazarse cualquier noción de mujer que no esté contextualizada, dirá Delphy. El sexo es para ella un producto de la sociedad y la cultura. Esta feminista revierte la lógica usual de la distinción sexo/ género sugiriendo que más que ser el género construido sobre la base de la diferencia sexual biológica, él ha devenido un hecho pertinente, una categoría percibida. El género crea al sexo anatómico en el sentido en que la división jerárquica de la humanidad en dos transforma una diferencia anatómica en una distinción relevante para la práctica social. En sus últimos trabajos, Delphy afirmará más enfáticamente el carácter social del sexo y dirá que más que ser la diferencia entre varones y mujeres un hecho biológico auto-evidente, el reconocimiento de esa diferencia es un acto social. El potencial de la idea de género no es sólo que

desnaturaliza la diferencia entre varones y mujeres sino que pone nuestra atención en la misma existencia de la división de la humanidad en dos categorías genéricas. No es suficiente, dice, tratar el contenido género como variable si se asume que el “contenedor” (la categoría mujer o varón) es inmodificable. Debería considerarse entonces al contenedor mismo como producto social.

El vínculo entre Delphy y Butler lo dio Monique Wittig, quien identificó la categoría sexo como la categoría política que funda la sociedad como sociedad heterosexual. Butler se basa en Wittig cuando analiza la matriz heterosexual, el orden compulsivo del sexo/género/deseo que vincula el sexo y el género en la heterosexualidad normativa. Para Butler, tanto el género como el sexo son ficticios en el sentido que ellos son construidos a través de prácticas discursivas y no discursivas. Si el sexo, tanto como el género, son constructos, entonces el cuerpo no tiene un sexo esencial pre-dado. Más bien, los cuerpos se vuelven inteligibles a través del género y no tienen una existencia significativa antes de ser marcados por el género. Los cuerpos devienen generizados a través de la continua representación (performance) del género. El género, más que ser parte de nuestra esencia interna, es performativo: ser femenina es actuar la femineidad. Cuando un varón representa un drag, vistiendo y actuando como una mujer, es visto usualmente como imitando o parodiando un modelo original, una mujer real. El punto de Butler es que, dado que el género es una construcción, no hay original. La parodia es de la misma noción de un original. El drag desnaturaliza el género, separa sus elementos performativos y despliega la ficcionalidad de su coherencia y revela la estructura imitativa del género mismo.

Claro que decir que el género es performativo no es decir que una/o lo toma por la mañana y se lo saca luego. Por el contrario, Butler dirá que estamos constreñidas/os en el género. En respuesta a quienes la critican por negar la materialidad del cuerpo, ella responde que la materialidad es un efecto del poder y que los cuerpos sexuados son forzosamente materializados a través del tiempo. Butler toma el concepto de performatividad proveniente de la lingüística, adonde es usado como aquellas formas de habla que en su declaración dan existencia a lo que nombran. La performatividad es efectiva porque es citacional, dice Butler, se citan prácticas del pasado, convenciones existentes, normas conocidas. En este sentido, la declaración “es una niña” hace de ese infante recién nacido una niña. Y allí comienza el proceso de dar existencia a una niña. Y esto tiene que ver con las convenciones que han establecido lo que es una niña. En nombre del sexo se citan las normas del sexo. El sexo es materializado a través de un complejo de prácticas citacionales que son normativas y regulatorias y también coercitivas.

## **REFLEXIONES FINALES**

Es indudable que cuando el concepto de género entra al dominio feminista, lo hace poniendo en cuestión la fórmula “biología es destino”, fórmula que ataba a la mujer a un conjunto de redes y mecanismos de subordinación legitimados con la fuerza de un discurso naturalizante. Es pues la simbolización cultural, no la biología, la que establece las prescripciones relativas a lo que es propio de cada cuerpo sexuado. Si el concepto de sexo reunía en el análisis de las diferencias entre varones y mujeres, no sólo aquellas de tipo anatómico, hormonal, fisiológico, sino también comportamentales, la categoría de género propondrá entender estas diferencias como el resultado de la producción de normas culturales sobre el comportamiento de varones y mujeres.

Ahora bien, tal como ha intentado mostrarse a lo largo de este trabajo, el optimismo inicial de este modelo teórico, que dio un sostenido empuje a las estrategias feministas a partir de los años 60, empieza a mostrar sus fisuras en las voces de diversos colectivos de mujeres quienes denuncian el carácter monolítico y, en consecuencia, violento de la categoría misma *Mujer* como representante indivisa de la totalidad del género femenino. El rendimiento y productividad de esta última categoría empieza asimismo a ser motivo de desconfianza. Al establecerse como fundante de un nuevo conocimiento y origen de un nuevo sujeto, su estabilización ontológica pone en peligro el proyecto político feminista.

Su carácter político parecía quedar reducido al mero correlato cultural de los cuerpos sexuados; considerados éstos, por otra parte, naturalmente dados. Si treinta años atrás la discriminación por género podía tal vez ingenuamente remitir a la discriminación de “las mujeres”, hoy en día dicha asociación tácita sólo se sostiene por la persistente invisibilización de la violencia que implica el presupuesto normativo según el cual, el género no sería más que los atributos culturales asociados a los sexos. Así, la consecuencia de establecer como base de un reclamo o reivindicación un concepto de género que no cuestiona la distinción naturaleza/cultura, es la legitimación de la jerarquización, la discriminación y la violencia que sufren todas aquellas personas cuyos cuerpos no son inteligibles bajo ese esquema.

En su trabajo “Constancias”, Paula Viturro (2005) se refiere a este proceso recurriendo a la pintura. La dimensión del cambio en el régimen de visibilidad que implicó la incorporación de la perspectiva en el Renacimiento, dio lugar a la proliferación de discusiones contemporáneas acerca de si se trató o no de un reflejo del surgimiento de la nueva filosofía centrada en el hombre y en una nueva concepción racional del espacio. Sin duda, la perspectiva plantea la necesidad de un sujeto situado en un punto de vista ideal cuya mirada ordena la escena representada. Esta, a su vez, debe cumplir con las expectativas de fidelidad o veracidad respecto del objeto representado que la cosmovisión de la época impone. La perspectiva permitiría ver los objetos representados a través de ella,

como creemos que son en la realidad. Con la perspectiva de género parece suceder algo similar, ella permite instaurarlo discursivamente como un principio epistémico privilegiado que permitiría el surgimiento de hechos significativos para el nuevo régimen de visibilidad que esta perspectiva inaugura. No obstante, el influjo de las constancias producidas por las concepciones bioanatómicas que clasifican a los cuerpos como masculinos y femeninos es de tal magnitud que el género se naturaliza y se convierte en aquello que todas las mujeres compartimos produciendo una reificación del binomio naturaleza/cultura.

Si los universalismos de la humanidad ya están bajo sospecha, ¿por qué le cuesta tanto al feminismo discutir los universalismos de género? Volviendo a la metáfora de la pintura que tan creativamente utiliza Viturro, veamos qué nos ofrece el cubismo. Los cubistas abandonaron el punto de vista ideal y estable que dominó la pintura europea desde el Renacimiento, en favor de la representación simultánea de los objetos desde múltiples puntos de vista. Los cuadros resultantes son una acumulación de fragmentos de visión que representan el objeto desplegado en todas sus facetas, que establece una trama compleja de relaciones espaciales heterogéneas constituidas a partir de la yuxtaposición y la dislocación de las distintas vistas. De esa manera, los cubistas pusieron de manifiesto que el espacio pictórico articulado por la perspectiva central, es un producto cultural que sólo trasluce las intuiciones espaciales humanas de un determinado momento histórico conocido como naturalismo o realismo visual. Quizás adoptando una mirada cubista podamos no sólo revertir la discriminación sino, sobre todo, desordenar los discursos que la sostienen y le dan sentido. Tal vez sólo de esta manera el éxito de la lucha feminista sea equivalente al esfuerzo que cotidianamente invertimos en ella.

## Nota

<sup>1</sup> Así como las lesbianas habían encontrado el sexismo en el movimiento de liberación gay, las mujeres negras lo habían hecho dentro del movimiento por los derechos civiles. Creía en estas mujeres un sentimiento de identidad dividida entre el movimiento de liberación de mujeres y aquellos otros organizados en torno a la raza o la opción sexual.

## Bibliografía

1. Butler, Judith (1990). *Gender Trouble. Feminism and the subversion of identity*. Routledge, New York.
2. Butler, Judith. *Bodies that Matter* (1993). *On the discursive limits of "sex"*. New York, Routledge.
3. Davis, Angela (1992). "Women, Race and Class". En: Maggie Humm (ed) *Feminism. A Reader*. Harvester Wheatsheaf, New York.

4. De Lauretis, Teresa (2000). *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid, horas y Horas, Cuadernos Inacabados.
5. Fuss, Diana (1989). *Essentially Speaking: Feminism, Nature and Difference*. Routledge, Londres.
6. Hooks, bell. (1984). *Feminist Theory: From Margin to Center*. South End Press, Londres.
7. Hooks, bell. (1991). *Yearning: Race, Gender and Cultural Politics*. Sheba Feminist Publishers, Londres.
8. MacKinnon, C. (1987). *Feminism Unmodified: Discourses on Life and Law*. Mass: Harvard University, Cambridge.
9. Molina Petit, Cristina (2000). "Debates sobre el género". En: Celia Amorós (comp.), *Feminismo y filosofía*. Madrid, Síntesis, pp. 255-287.
10. Pierucci, Flavio (1999). *Ciladas da Diferenta*. Editora 34, San Pablo.
11. Setevi Jackson and Sue Scott (1986) *Feminism and sexuality. A reader*. Edinburgh University Press, Edinburgh.
12. Viturro, Paula (2005). "Constancias". Mimeo.
13. Whelehan, Imelda (1995). *Modern Feminist Thought. From the second wave to "Post-Feminism"*. Edinburgh, Edinburgh University Press.
14. Wittig, Monique (1981). "One Is Not Born a Woman". En: *Feminist Issues*, 1, 2.
15. Wittig, Monique (1992). *The Straight Mind: And Other Essays*. Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf.

#### **Sobre la autora:**

**Josefina Fernández**, es activista del Grupo Feminista Ají de Pollo. Antropóloga y Magister en Sociología de la Cultura. Doctoranda en Ciencias Sociales. Docente universitaria de posgrado. Integrante del Área Tecnologías de Género del Centro Cultural Ricardo Rojas de la Universidad de Buenos Aires. Autora de *Cuerpos Desobedientes* (Edhasa, 2004), *Cuerpos Ineludibles* (Ají de Pollo, 2003), *La Gesta del Nombre Propio* (Asociación Madres de Plaza de Mayo, 2006) y colaboradora de revistas nacionales e internacionales.

Contacto: josefinafer@arnet.com.ar

---